

T. BLANCH – J. A. LABARI

Los

BUSCA

Pistas

El caso de
la cueva prohibida



Los audaces detectives Pepa y Maxi se enfrentan a una nueva intriga...

Acampar en un prado cerca de una cueva no parece tan peligroso, hasta que por las noches se empiezan a escuchar ruidos de lo más misteriosos y, ¡aparecen sombras fuera de la tienda! Todo apunta a que la cueva está embrujada... ¿conseguirán armarse de valor e investigar en las profundidades?

¡Conviértete en detective con Pepa Pistas y Maxi Casos!

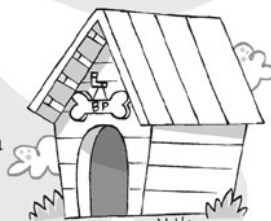


Estos son **PULGAS**,
el sabueso de la agencia, y
BEBITO, el hermano de Pepa.
Su superchupete ha sacado a
los Buscapistas de más
de un apuro.



AGENCIA LOS BUSCAPISTAS

Situada en la antigua casa
de Pulgas.



**EL ANÓNIMO
DEL ANTIFAZ**, un extraño
personaje que ayuda a los
Buscapistas... pero ¿quién
se oculta bajo ese antifaz?
¡Busca pistas y descubre
su identidad!



¿QUÉ SE ESCONDE EN
EL INTERIOR DE LA CUEVA?



TRABAJOS FORZADOS

Pepa Pistas salió temprano al jardín con Bebito y Pulgas. Los sábados solía madrugar porque era la responsable de arreglar el jardín, regar las plantas, apartar hojas secas y arrancar las malas hierbas. Aquella mañana, mientras se ponía los guantes de jardinería, Pepa pensó que hacía un calor insoportable.



Al pasar junto a la agencia de detectives, descubrió unos pies asomando por la pequeña puerta.



—¿Maxi? —Las deportivas lo delataban.

Maxi Casos asomó la cabeza. Estaba tumbado y leía un cómic.

—No recuerdo que hubiésemos quedado tan temprano.
—Pepa lo interrogó con la mirada.



—¡Ya! —Maxi se encogió de hombros—. Pero mamá tenía turno de trabajo en el súper y en casa hacía un calor insoportable. En la agencia se está más fresquito.

Pepa estuvo a punto de pedir que la ayudara, pero desistió al ver que Maxi daba por zanjada la conversación y retomaba la lectura.

La señora Pistas no tardó en asomar por la puerta. Iba cargada con dos botes de pintura y una caja de brochas.

—Aprovechando que tu padre está terminando una de sus novelas y yo no trabajo, ¡haremos algo divertido juntas!

Pepa sonrió y dejó caer el rastrillo.



—¡Me apunto! —Maxi salió de un brinco del interior de la agencia y se plantó frente a la señora Pistas.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —lo interrogó la madre de Pepa.

—Ejem... He venido a echar una mano a Pepa... —Y dejó escapar una sonrisita nerviosa.

—Buen chico. —El móvil de la señora Pistas comenzó a vibrar—. ¿Sí?... ¿Cuándo?... ¡Voy enseguida!

Entonces dejó los botes de pintura y las brochas frente a la verja, hizo unas señas hacia la ventana del despacho del señor Pistas indicándole que se iba y se montó en su bicicleta.



—¿Y la cosa divertida que teníamos que hacer juntos?
—preguntó Maxi.

¿«Juntos»? Pepa levantó una ceja y miró fijamente a su amigo.



La señora Pistas se volvió hacia Maxi:

—¡Pintar la verja! Lo pasaréis en grande. ¡Ah, por la parte exterior y la interior...!

La señora Pistas les lanzó un beso con la mano y añadió:

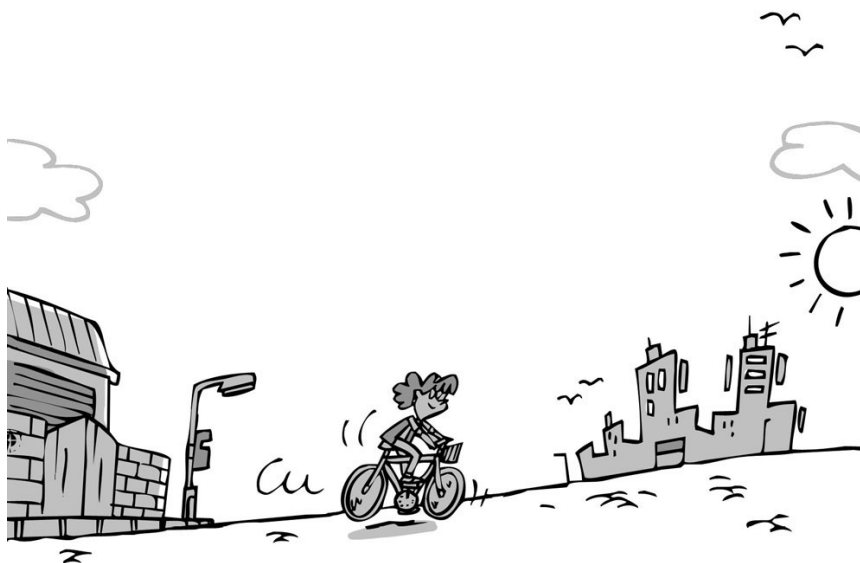
—Me encantaría quedarme, pero el sapo de la señora Adele ha sido engullido por una planta.



Pepa y Maxi abrieron los ojos como platos.

¿Habían escuchado bien o la señora Pistas había alterado el sentido de la frase?

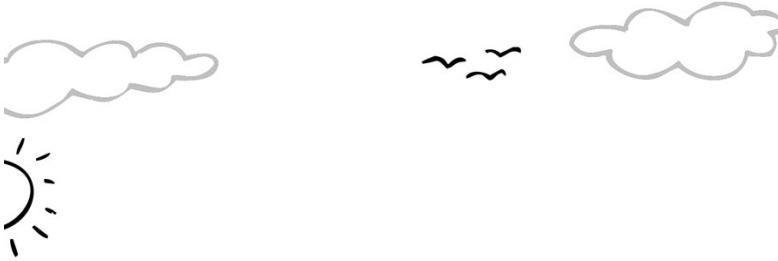
—Empezad antes de que el sol apriete demasiado. ¡A ver si podéis terminarla para cuando esté de vuelta! —dicho esto, desapareció pedaleando calle arriba.



Rápidamente, Maxi tomó uno de los botes y una de las brochas y se dispuso a dar una mano de pintura a la parte exterior de la verja con mucho entusiasmo. Pepa lo imitó ante la atenta mirada de Bebito y Pulgas.



Pasados cinco minutos, Maxi se sentó en el bordillo de la acera. ¡Aquella verja parecía no tener fin y estaba agotado!



—¿Se puede saber por qué paras? —Pepa se pasó el brazo por la frente para secarse el sudor y, sin darse cuenta, se impregnó la cara de pintura.

—Porque quiero dejar un poco de valla a tu madre para que la pinte, ¡ha dicho que era divertido! —explicó Maxi.

—¡Ha dicho que la terminemos!



—N... —Maxi iba a negarse, pero de repente cambió de opinión y regresó al trabajo con una sonrisa de oreja a oreja al tiempo que alzaba la voz—: ¡Es verdad, pintar es superdivertido! ¡Jamás lo había pasado mejor!

¿Por qué gritaba?

Luci Crespas cruzaba la calle y se acercaba a ellos con una bolsa de minigalletas en la mano.



—¿Qué hazéis? —preguntó masticando una de aquellas galletitas con extra de virutas de chocolate.

—¡Pintar la verja! —dijo Maxi risueño, y comenzó a silbar una alegre melodía.

—Quiero probar —propuso.

—¡Ah, no! —exclamó Maxi—. No sabrías hacerlo... Además, me lo estoy pasando tan bien que no quiero parar.

Pepa levantó una ceja.

¿Qué estaba tramando?

—Vamoz... —insistió Luci y miró su bolsa de minigalletas—. Zi me dejaz pintar te doy mi bolza de galletaz.

Maxi observó aquellas jugosas galletas. Enseguida, se escuchó un ruido procedente de sus tripas.



—¿Ezo ez un zí? —Sonrió Luci.

—¡Sí! —Le entregó la brocha y se sentó a comer. Mouse asomó por su capucha a olisquear, y de haber sido un pedazo de queso le habría pedido un poco.

Poco después, Cristina Lio dobló la esquina. Andaba entretenida haciendo subir y bajar su yoyó. Maxi fue el primero en verla, dejó la bolsa de galletas abierta en el suelo y comenzó a pintar de nuevo con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando Cristina vio a sus amigos, se acercó a fisgonear.

—¡Hola! —los saludó—. ¡Parece divertido! ¿Puedo?



—Mmm... —Maxi señaló el yoyó—. Si me lo prestas un rato, te doy la brocha.

La niña no tuvo ningún inconveniente.

Pepa observaba la escena un poco enojada. Maxi tenía el poder de embelesar a cualquiera con su astucia. ¡Y lo que era peor! Apenas le quedaban unos metros de verja por terminar, y ella todavía tenía para rato. Hizo un gesto a Bebito para que se acercara y le alargó una brocha de la caja. Bebito aspiró profundamente su chupete y la tomó. Pero, en lugar de pintar la verja, comenzó a pintar a Pulgas.



Pepa suspiró. Estaba sudada y agotada. Lo mejor sería entrar en casa y beber un poco de agua. De vuelta en el jardín, apareció Dani Dado perfectamente repeinado, vestido con un conjunto de pantalón y camisa con puntillas y con una curiosa planta en la mano.

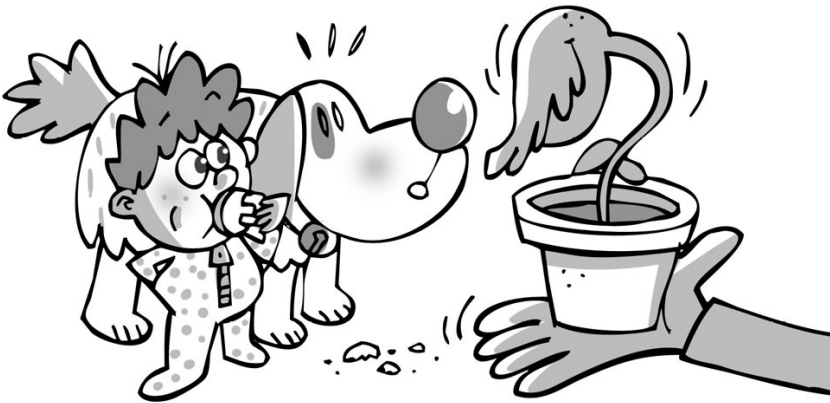
—¿Qué llevas? —preguntó Maxi observándolo de la cabeza a los pies.

—Una planta para la abuela. —Dani la dejó en el suelo, junto a la bolsa de galletas. Era una especie de flor con for-

ma de boca bigotuda encima de un tallo alto y delgado—. Hoy es su cumpleaños.



Pulgas y Bebito se acercaron a observar la planta con curiosidad. Y tuvieron la sensación de que se ladeaba lentamente hacia las galletas. Mientras, el resto de los amigos seguían interrogando a Dani.



—¿Por qué te haz disfrazado? —preguntó Luci.

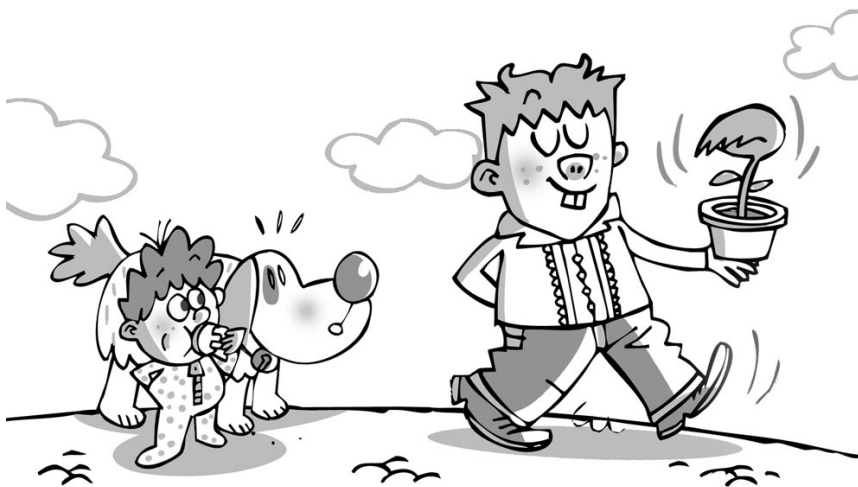
Dani la miró sorprendido:

—No voy disfra... —empezó a decir antes de que Pepa lo interrumpiera.



—¡Toma! —Pepa le alargó la brocha—. No voy a pedirte nada a cambio.

—¡Me mancharía, y debo irme! —Y tal y como había llegado, Dani tomó su planta y se alejó del lugar ante la mirada atónita de Bebito y Pulgas.



Maxi hizo una mueca a su amiga:

—¡Je, je, je! —Señaló los metros de verja que habían pintado, y dijo—: Te he guardado unas galletas...